
Revista de Aragón

SUMARIO.—*Autobiografía de Ramón y Cajal*, por **La Redacción**, pág. 289.—*El impuesto de consumos sobre el vino*, por **D. Marceliano Isábal**, pág. 290.—*Fray Diego de Murillo*, por **D. Vicente Bardaviu**, pág. 293.—*Monumentos en Zaragoza*, por **D. Juan Moneva Puyol**, pág. 298.—*El filósofo zaragozano Avempace*, por **D. Miguel Asín**, pág. 301.—*La próxima epidemia de viruela en Zaragoza* (continuación), por el **Dr. Gómez Salvo**, pág. 304.—*El trabajo* (poesía), por **D. Alberto Casañal**, pág. 307.—*La filosofía en el siglo XIX* (continuación), por el **Dr. Grafilinks**, pág. 309.—*Sobre lo de Marruecos*, por **D. Julián Ribera**, pág. 315.—*Cuentos infantiles* (XVII), por **Z**, pág. 318.—*Bibliografía*, por el **Dr. Brayer**, etc.

Autobiografía de Ramón y Cajal

El placer y la alegría que ahora sentimos, al ser objeto de inaudita liberalidad y galantería por parte de nuestro insigne paisano, es tal, que nos impulsa á comunicar inmediatamente la noticia á nuestros lectores en la primera página de nuestro periódico: el eminente histólogo D. Santiago Ramón y Cajal nos ha hecho el singular obsequio de enviarnos, para que se publiquen en la humilde **Revista de Aragón**, extensísimos originales que contienen las memorias de su vida: páginas llenas de tremenda sinceridad, de profundas y agudísimas observaciones, escritas en estilo fácil, brillante y vivo, donde resplandecen no sólo las altas dotes de vigorosa inteligencia, que todo el mundo le reconoce, sino las demás prendas que forman su carácter: un corazón grande, noble y generoso, lleno de exquisitos sentimientos y dotado de férrea voluntad, y un alma de artista de potente y bien reglada imaginación.

En el número próximo comenzaremos á publicar la antecitada Autobiografía, y nuestros lectores podrán gozar de los encantos de una obra que á todos, y especialmente á los jóvenes, interesa leer: tiene, por la claridad y el ingenio con que narra el autor, el atractivo de una novela, é instruye como el libro más pedagógico y de más fina y honda psicología.

En nombre de todos los aragoneses, que han de ser los primeros en disfrutar de tan sabrosa y nutritiva lectura, da rendidamente las gracias al eminente sabio

La Redacción.

EL IMPUESTO DE CONSUMOS SOBRE EL VINO

Tengo mucho gusto en complacer á mis buenos amigos los señores directores de la REVISTA, escribiendo unas notas sobre la cuestión á que se refiere el epígrafe de estas líneas.

El impuesto de consumos es objeto de constante y general reprobación. *Odioso* le llamaba pocos meses ha en el Congreso el Sr. Silvela. De *desigual, inconveniente, odiado, vejatorio* le calificó tiempo antes el Sr. Navarro Reverter. Si esto han dicho los conservadores, y en época reciente, no hay qué decir cómo habrán tratado esa contribución los liberales, sobre todo en épocas más agitadas, cuando toda revolución, y aún todo pronunciamiento, comenzaba con el grito de ¡abajo los consumos! y con la quema de las casillas del resguardo. El Sr. Pi Margall ha resumido en su lenguaje conciso y claro, en estos últimos días, sus defectos principales.

«Grava, ha dicho, los artículos de primera necesidad y dificulta la vida del pobre. Es cara. Exige para su cobro un numeroso personal, enormes gastos. Es onerosa y molesta por la investigación de que necesita. Establece una aduana en todo pueblo. Es ocasionada á conflictos y luchas.»

De algún tiempo á esta parte la campaña contra los consumos se ha acentuado muy especialmente, en lo que se refiere al vino. Por mi parte, uniré mis esfuerzos á cuantos se hagan por suprimir del todo contribución tan injusta, de la cual se ha dicho, con razón, que es progresiva *a rebours*, pues grava artículos de primera necesidad, únicos capaces de producir gran rendimiento, y de ellos hacen más consumo las clases más necesitadas. Si de una vez no se creyera posible la supresión, hay que ir á ella por etapas, rápida y resueltamente. Es cuestión hasta de humanidad. La política que no se inspire en ese criterio será una política cruel y sin entrañas. Con ser esto así, en lo que toca á la generalidad de las tarifas, no hay que extrañar que en cuanto al vino haya ese mayor empeño, que se ha revelado en las discusiones parlamentarias de los últimos años, en las reuniones públicas de Novelda, Albaida, La Almunia y otras recientemente celebradas, en la convocatoria del gran mitin, quizá el más importante de cuantos con objeto no político ha habido en España de algunos años acá, que hoy debe haber en Onteniente y en la preparación del que para mediados del presente mes se propone convocar en Madrid una buena parte de la prensa.

Consiste esto en que el impuesto de consumos sobre el vino, además de afectar á los consumidores que lo beben caro y malo en los grandes centros de población, perjudica á los productores, que son numerosísimos, muchos de los cuales ven cernirse sobre sus hogares el espectro de la miseria, por carecer de otros elementos de vida, sintiéndose todos amenazados de gravísimo quebranto en sus intereses.

Sea cualquiera, en efecto, el cálculo que se haga de la cantidad á que por término medio se eleva en España la producción vitícola, es indudable que habiendo cesado, ó poco menos, la exportación á Francia, con la cual no hay ya que contar sino en una proporción muy escasa, y no siendo obra de la mera voluntad de los poderes públicos ni, en todo caso, asequible en un momento, la de abrir nuevos mercados extranjeros, la colocación del gran sobrante de vino que resulta después del consumo actual no á otros medios puede fiarse que á los que tiendan á asegurar y ensanchar el mercado interior.

Seguramente hay que procurar la baratura de los trasportes, mediante una revisión de tarifas, venciendo la fuerte resistencia que las Compañías han de oponer. Indudablemente hay que favorecer la fabricación del alcohol de vino, poniéndola al abrigo de la ruinosa competencia del alcohol industrial, ya que no vivimos bajo un régimen económico en que los intereses se desarrollen y vivan según sus propias fuerzas sin que las llamadas leyes naturales se vean perturbadas en su marcha por la acción del Estado, reducido á la condición de mero guardián del orden.

A esos y otros medios hay que recurrir con decisión y con urgencia.

De todos habrán de valerse los viticultores y todos serán por ellos reclamados. Lo han sido ya antes de ahora y lo son actualmente. Yo mismo hablé de ellos en el mitin de La Almunia, no obstante haber sido especialmente convocado para pedir la supresión del impuesto de consumos en el ramo de que se trata.

No dispensan esos medios de haber de pedir tal supresión, que es imprescindible, y que acaso, aun agregada á ellos, sea insuficiente para llegar á una situación relativamente próspera.

Suprimidos los impuestos sobre el vino, el precio de éste bajará en las grandes poblaciones y se pondrá un freno á la fabricación de vinos artificiales, hoy ejercida de un modo escandaloso por el atractivo que la facilidad da á la codicia. Supone eso evidentemente un aumento de consumo.

Hablo de supresión y no de rebaja porque el mal es tan grande que exige remedios proporcionadamente eficaces y no admite meros paliativos. Pero tengo por seguro que la rebaja, aunque estuviéramos en situación normal, se impondría como medida justísima y equitativa. Hechas las tarifas en 1888, época en que la viticultura estaba en auge, no han sido reformadas, y como en ellas el vino está gravado con derechos cuya escala sube desde 2 pesetas 50 céntimos hasta 12'50 en las mayores poblaciones y los Ayuntamientos pueden establecer un recargo de 100 por 100, no es infrecuente ver ese producto gravado con derechos enormísimos que se elevan á mucho más de su valor: absurdo económico que nunca debería tolerarse. A él nos han llevado,

juntamente con lo alzado que ya resulta hoy el tipo del impuesto para el Tesoro, las modificaciones que las leyes de presupuestos han introducido en la legislación municipal. La reforma de aquéllas y de ésta para aliviar lo exorbitante de la tributación se impondría, pues, en todo caso, aun cuando la extensión y gravedad de la crisis vinícola y su carácter no pasajero sino permanente y ya definitivo no obligaran á pensar sin reservas ni atenuaciones en la necesidad de la supresión.

Sirva lo dicho para justificar la alarma de los viticultores y explicar su aspiración, en todas partes manifestada, á la supresión del tributo. Exigirles la propuesta de medios con que sustituir la actual tributación paréceme cosa excesiva. Basta á los viticultores demostrar que se quejan con razón y eso á la vista está y nadie lo niega ni lo duda siquiera. Si la desaparición de los consumos es remedio á su situación angustiosa, hacen bien en pedirla y al Gobierno toca buscar el medio de realizarla. En un mitin de propaganda no puede pedirse más. Y sin embargo se ha hecho la demostración de que es posible escogitar medios y procedimientos con los cuales se evite el desequilibrio, que algunos temen, de los presupuestos del Estado y de los municipios.

A esa demostración, recordando algo de lo que expuse en La Almunia, dedicaré algunas líneas en otro número de la REVISTA. No me la permiten ahora mis ocupaciones del momento ni quizá habría espacio para ella en el número en que este artículo ha de insertarse.

MARCELIANO ISÁBAL.

6 de Octubre de 1901.



FRAY DIEGO DE MURILLO

I

Escritor aragonés, y de Zaragoza, que con tantísima elevación desenvolvió su prodigiosa fecundidad, recorriendo la mayor parte de los géneros literarios, Historiador, Filósofo, Místico, Orador, Poeta, siempre aragonés, siempre sublime, levantó su voz hasta el extremo de hacerse oír más allá de los mares, y al otro lado de los montes. Solo nuestra tradicional apatía puede explicar, que hoy en su misma patria, apenas se conozca su nombre, más que por llevarlo una de las calles más insignificantes de esta población...

En Mayo de 1555, cuando nuestras letras brillaban con todo el esplendor de los mejores días, aquí, en esta bendita tierra, de ilustre familia, é indudablemente en sitio próximo al que actualmente ocupa la calle que hoy lleva su nombre, nació el esclarecido ingenio, objeto de nuestras investigaciones. Pasó alegremente los días de su niñez y juventud, y aun cuando su talento privilegiado y bien dirigido halló ocupación agradable en el estudio de las ciencias y las letras, su corazón apasionado, y su exuberante fantasía, hiciéronle torcer algún tanto sus pasos, alejándole, siquiera fuese por corto tiempo, de la senda del deber.

Ciegamente enamorado de discretá, hermosa y honesta dama, llamada Aurora, á la cual conoció por vez primera durante la representación de unas comedias, jamás se vió correspondido; y tanto más se encendía el fuego de tan violenta pasión cuanto más entera y virtuosa resistía la doncella que, fría y desapasionadamente, veía pasar los días y las noches ante las puertas de su casa á tan gentil y apuesto caballero. ¡Cuán admirables son siempre los designios de la Santa Providencia! Tenía Aurora su habitación, contigua al Hospital General de Nuestra Señora de Gracia, situado á la sazón en lugar no muy distante del que actualmente ocupa la Fonda de Europa, y por consiguiente cerca del entonces floreciente convento de San Francisco. Al volver Diego á su casa en cierta ocasión, á eso de la media noche, cansado de solicitar en vano la ansiada correspondencia, su alma atribulada apenas podía soportar el peso abrumador de sus contrariados y vehementes sentimientos; llegaba á la puerta de la iglesia de los Padres Franciscanos, cuando en la torre acababa de sonar la campana de Maitines; se detiene y más por impertinente curiosidad, que por verdadera devoción, aplica su oído al agujero de la llave en el momento en que el inspirado organista lanzaba al aire, por ser día de gran solemnidad, las armonías de una devotísima salmodia; y sus ecos llenando las anchas naves del templo hirieron vivamente el corazón del joven dejándolo completamente transformado.

A la mañana siguiente, un apuesto y gallardo mancebo llamaba á la puerta del convento, y con humildes y modestos ademanes pedía ver al Pa-

dre superior; arregló con él cuentas pendientes, y pocos días después vestía el tosco sayal de San Francisco en el convento de Jesús. Ese joven era Don Diego de Murillo que había hallado la preciosa Margarita.

Allí en aquella casa vivió muy cerca de cuarenta años Fray Diego de Murillo ajeno á las pompas mundanas y llorando amargamente sus pasados extravíos; y allí, dentro de sus muros, desempeñó los más humildes oficios con edificante mansedumbre; y fué honrado con los más altos ministerios de la orden; Lector, primero; después, Guardián del convento de S. Diego; Definidor, más tarde; luego, Ministro Provincial; y por último, Padre Perpetuo de la provincia de Aragón. Allí compartiendo su prodigiosa actividad entre las funciones de Gobierno, la práctica de heroicas virtudes y el estudio y difusión de las ciencias y las letras, concibió el plan de sus obras inmortales, é inspirándose, como él mismo lo indica, desde lo alto de la torre en los encantadores paisajes del contorno, arrancó á su lira los más dulces acordes, al compás del murmullo candencioso de las aguas del río bendecido, que al regar las plantas de la Virgen del Pilar, lisonjero sonríe y saluda, á la que orgulloso adora y reconoce como Reina. Allí en fin cerró los ojos á la luz de la mortal existencia, siendo sepultado en la iglesia del convento, cuyos religiosos lloraron amargamente su muerte, y colocaron su retrato de venerable aspecto en sitio preferente del coro principal, en donde estuvo muy honrado hasta que los funestos trastornos del pasado siglo lo hicieron desaparecer.

II

Hora es ya de ocuparnos de las obras que escribió nuestro Fray Diego; y aun cuando *La Fundación Milagrosa de la Capilla Angélica, y Excelencias de Zaragoza*, en el orden del tiempo, es la última de todas las publicadas en vida, puesto que vió la luz en 1616, el mismo año de su muerte, la estudiaremos en primer término por ser la más conocida y á la vez una de las más importantes.

Muchos años antes de que el famoso pastelero de la plaza de las Trévedes, con el pseudónimo de Luis López, publicara en Huesca, fingiendo con la falsificación del pie de imprenta hacerlo en Alcalá, su abigarrada mezcla de abundantes noticias ciertas, con las más descaradas y abiertas falsedades con el título de *Pilar de Zaragoza, Columna firmísima de la fe de España*; cuando ni el Dr. D. José Félix Amada había divulgado el portentoso poder de nuestra bendita Madre dando á luz el *Compendio* admirable de sus milagros; ni el P. Arbiol de gloriosa recordación había escrito *La España feliz por la Milagrosa venida de la Reina de los Angeles*; ni había nacido Fray Jacinto Aranaz, llamado á difundir el culto y devoción de María del Pilar con su *Cetro de la fe ortodoxa*; mucho antes de que Lesana, Aramburu de la Cruz, Sousa, Magdalena, Fray Lamberto de Zaragoza y otros muchos consagrasen sus vigiliás y trabajos á esclarecer y dejar bien sentada y definida la tradición augusta y consoladora de la Milagrosa y Angélica Capilla, ya había legado á la posteridad nuestro esclarecido autor su voluminoso infolio,

arsenal inagotable á donde han acudido cuantos en los siglos posteriores han manejado el asunto, desde el mencionado pastelero, hasta, en nuestros propios días, Nougés, Mullé de la Cerda y el I. Sr. D. Mariano Supervía.

Es verdad que el venerable religioso del convento de Jesús, se adhiere con fe ciega á las fabulosas historias de los falsos cronicones; pero no olvidemos, que con tales caracteres de verdad se ofrecieron al mundo, que envueltos en falaces redes, cayeron ingenios tan perspicaces, como Tamayo Salazar, Pellicer y Ossau, Martínez del Villar, y el nunca bastante bien ponderado D. Francisco Andrés de Urtarroz, Es verdad, que confundiendo lastimosamente la tradición innegable, sólida, bien sentada de la Venida de la Virgen, con la cuestión embrolladísima y oscura de la catedralidad, incurrió en lamentables equivocaciones, tan brillantemente refutadas por el racionero Arruego, mas no dará señales de intención recta y buen criterio, quien no reconozca lo difícil que en aquella época se ofrecía la solución de tan intrincados pleitos, que por espacio de varios siglos tuvieron en continua guerra á los Cabildos zaragozanos de La Seo y del Pilar. Lo cierto, lo innegable, lo de verdadero mérito es, que Fray Diego de Murillo, levantó él solo por su propio esfuerzo, y por primera vez, el monumento literario más grandioso hasta el presente, en el que se han cantado las excelencias y prerrogativas de nuestra dulce Madre y de su Maravilloso Templo.

Murillo en la obra que nos ocupa eleva á grande altura su nombre, como historiador eclesiástico; aparece exacto y brillante en sus descripciones; enamorado del asunto que maneja, llega á la grandilocuencia, y si bien decae en ocasiones, y en otras aparece difuso, fácilmente se levanta y luego vuelve á su habitual claridad. Esto, sin embargo, el principal y verdadero mérito de la obra, no se encuentra hasta la segunda parte, en la que de lleno entra en la vida social y política de Zaragoza en el siglo diez y seis, época difícil por demás, llena de grandes perturbaciones, de las cuales fué el autor, testigo presencial. No acierto á comprender, cómo modernos escritores, de reconocido talento y gran renombre, cegados por el oropel de las modernas ideas, teniendo á la vista las brillantes páginas del P. Murillo acerca del Justicia y de la Inquisición, se atrevan á escribir como escribe D. Manuel Lasala, por ejemplo, en su mal aconsejado *Examen histórico general de la Constitución Aragonesa*. Cespedes y Meneses, Lupercio Leonardo de Argensola y el canónigo Blasco de Lanuza completándose mutuamente, ofrecen un cuadro exacto y acabado de aquellos tristes días; tampoco es de despreciar el concienzudo trabajo que casi en nuestros tiempos escribió acerca de la materia el marqués de Pidal, con el título de *Historia de las alteraciones de Aragón en tiempos de Felipe II*; pero si queréis formaros justa y cabal idea de la conducta del pueblo y de los nobles, de las causas de tan terribles alteraciones, y de las consecuencias y alcance de los sucesos acaecidos en nuestro reino en los años (1521 y 22), leed con detención las páginas de Murillo, y no sabréis que admirar más, si el respeto con que acata las decisiones del rey, ó el sentimiento con que mira rodar por las gradas del cadalso la cabeza del gran Justicia de Aragón; y á la vez que censura y recrimina con solemne desenvoltu-

ra la conducta desaconsejada y vil de los culpables, establece los fundamentos de nuestros vulnerados fueros; y después de lamentar tan tristes acontecimientos, pone de manifiesto la leal é inquebrantable fidelidad del pueblo aragonès á su rey, cuando éste descargaba el golpe sobre lo mas amado de su constitución y de sus privilegios.

III

He de considerar á nuestro autor desde otros puntos de vista y me veo precisado á terminar estas consideraciones.

Fué Fray Diego uno de los más notables oradores; á él se encomendó en la época de los Avila, Luis de León y Luis de Granada, el discurso ú oración fúnebre en las reales exequias del rey católico D. Felipe II. Leedlo si tenéis la dicha de tenerlo en vuestras manos, y veréis retratado de cuerpo entero á aquel gigante de nuestra historia. Tal vez este hermoso sermón hiciera célebre el nombre del P. Murillo en todos los ámbitos de la Europa, que tenía fija su mirada en aquel hombre colosal que acababa de bajar al sepulcro; es lo cierto, que pronto, muy pronto, las cuaresmas y panegíricos del elocuente franciscano, traducidas al portugués, al italiano y al francés, se editaban en Lisboa, en Colonia y en Venecia, y poco más tarde se repetían en París.

Su elocuencia busca el principal apoyo en la interpretación de las Santas Escrituras, y en la doctrina de los padres de la Iglesia; pero no desdeña los conocimientos profanos, y sin alarde hace ostentación de la gran suma de conocimientos clásicos que poseía; no sigue el camino monótono y pesado, aunque lleno de unción, del venerable obispo D. Gerónimo Bautista de Lanuza, sino que ensaya los altos vuelos de los grandes oradores franceses, que pronto recogieron el fruto de sus esfuerzos; y aun cuando no alcanzó la elevación de Bosuet, Hechier ó Fenelon, porque siempre el caracter francés á beneficio de su imaginación exuberante resulta más esplendoroso y atrevido, tengo la firme convicción, hija de mis estudios sobre unos y otros textos, de que estos genios franceses de la elocuencia, le conocieron y estudiaron á fondo, y hasta se dejaron influir de los elementos de gran riqueza oratoria encerrados en sermones tan elocuentes como poco conocidos.

Casi por los mismos días en que salían de las prensas los tesoros de mística y ascética de los más grandes maestros que Dios ha mandado al mundo, Ignacio de Loyola, Juan de Avila, Teresa de Jesús, Luis de León, etc., se editaba en Zaragoza por Lorenzo Robles la *Escala espiritual para la perfección evangélica*, en dos grandes volúmenes, admirable compendio de toda la escuela mística franciscana, que más tarde sirvió de fuente al laborioso y discreto P. Arbiol, de cuyas abundantes aguas salieron tesoros inapreciables, perpetuados para el provecho de las generaciones futuras en los *Desengaños místicos*, *Familia Regulada*, *Religiosa instruida*, *Arte de bien morir*, y otros muchos devotísimos tratados de pia loto entretenimiento. Y como si no fuera bastante para brillar como astro de primera magnitud en la historia de la mística española, tan esclarecido maestro, encendido en el amor tierno á María nuestra Madre, escribió en dos gruesos volúmenes, una obra bien sen-

tida y erudita titulada *Vida y excelencias de la Madre de Dios*, que entre todas las salidas de su grande ingenio, es la que más me encanta y embelesa; lástima no esté al alcance de todos para que pudieran saborear las dulces armonías con que expresa las prerrogativas ilustres de Nuestra bendita Madre.

Hemos llegado al término de nuestro trabajo; el Padre Murillo, fué también poeta inspirado, fecundo, y con admirable destreza manejó todos los metros usados en su época; así nos lo enseña en el famoso *Aganipe de los Cisnes zaragozanos*, el cronista Andrés de Ustarroz.

Fray Diego de Murillo, desatando
 Los raudales copiosos de su vena
 En dulce estilo hablando
 La conversión cantó de Magdalena,
 Y en su sutil y dulce poesía
 Se vió la variedad de su armonía.

Como mero pasatiempo y solaz agradable de su agitada vida, tomaba el venerable religioso los alegres y estimados respiros de su lira, y mirados hasta cierto punto con desdén, aparecieron, aquí y allá ocultando su nombre muchas veces, y atribuyéndolos al ingenio de una persona devota. Así se explica que Pedro de Espinosa, en su magnífica colección publicada en Valladolid en 1605, con el título de *Flores de poetas ilustres*, colocara en el folio 177 (foliación enmendada) vuelto, una de las más encantadoras silvas de nuestro autor, que comienza:

Deja ya musa el amoroso canto,
 Que todo es vanidad, todo locura...

atribuyéndola á N. Morillo, induciendo al eminente crítico D. Marcelino Menéndez Pelayo, á que en su riquísima y estimable Antología cometa la misma explicable inexactitud.

Fué sumamente hábil para la ejecución de los sonetos: lástima se dejara llevar tanto de su extremada afición al estrambote que, con su pesadez, tanto amengua el encanto y armonía de tan difícil combinación métrica. La sátira también aparece con bastante delicadeza, aun cuando en esta manifestación poética queda muy por debajo del mérito extraordinario de los inimitables hermanos Argensola.

Aparte de muchas composiciones sueltas esparcidas en diferentes obras, el P. Fray Pedro Calderón, publicó después de la muerte del autor con el título de *Divina, dulce y provechosa poesía*, una notable colección; entre las obras que contiene, merece singular aprecio la dedicada á María Magdalena; él que, como la pecadora arrepentida del Evangelio, gustó primeramente los falsos deleites de la carne, y como ella, milagrosamente arrancado de las sendas de la muerte, halló seguro puerto en la religión, lavando con las dulces lágrimas de la penitencia las manchas de pasados extravíos, pudo muy bien disfrazar en la conversión de María Magdalena los combates que se trabaron en su corazón generoso; y su alma de poeta santo, vaciada en tan encantadores versos, puede con su luz iluminar á quien frenético camina por las sendas del placer, hacia las inspiraciones del cielo.

VICENTE BARDAVIU.

Monumentos en Zaragoza

El retrato copia la imagen de la persona: la estatua expresa su carácter ó su significación histórica y social. El retrato cumple su misión mediante el parecido: á la escultura no le basta, en la mayoría de los casos, el cuerpo de sus héroes, más bien tiene precisión de completarlos para puntualizar bien lo que fueron en vida ó en mito. Indispensable es esto cuando hay que tratar empresas ó cualidades ajenas al cuerpo humano ó á la expresión del rostro. Y, aunque á lo físico se concrete, á veces no puede prescindir de ese simbolismo. Hércules, el emperador Maximiano y Milón de Cróton no pasan de ser tres animalotes gigantescos é indistintos mientras aquél no lleva la piel de león, el otro el laurel de los Césares y el crotoniata los atributos del pugilato.

Cuando el estatuado tiene, en toda su historia ó su mitología, un carácter fijo y predominante, fácil es hacer su etopeya en piedra ó bronce. Don Jaime el Conquistador, con una buena estatura, el *drach* y un mandoble, queda retratado; Cisneros con el hábito franciscano y el bastón de regente de Castilla; Pignatelli con los planos del canal imperial.

Cuando ese carácter se ha manifestado por un rasgo culminante en el cual se simboliza la vida entera del sujeto, eso basta. Un rey con una daga no puede ser sino nuestro D. Pedro IV; un general cabalgando con una bandera española al viento será siempre D. Juan Prim; un fraile dominico en cuya muceta va un sol, el Doctor de Aquino; un Emperador con una miniatura de Catedral en la mano, San Enrique; un hombre de faz proterva con un bolso llevado á hurto, el Iscariote. Por este mismo arte, la caricatura condensa cada tipo en un detalle peculiar de él; el tupé de Sagasta, los dientes de Romero, los quevedos de Martos, las orejas de Posada Herrera, la cara felina de Moyano, responden á ese sistema.

Mayor es la dificultad cuando se trata de representar un héroe de ocasión, cuya historia tiene un solo momento eliminado y un solo hecho notable: estos personajes no tienen valor en sí, lo reciben de las personas que les rodean ó de los acontecimientos en que se ven complicados. Prócida, Tomaso Aniello, Juan Lorenzo, Carlota Corday, viven en la historia por el reflejo que les dan el odio de los sicilianos á Charles-sans-merci, la rebelión de los napolitanos, la fuerza expansiva de las comunidades obreras y el espíritu de protesta que brotaba en el pueblo francés contra los gobiernos del Terror.

Nacen de aquí reglas cardinales para la estatuaria monumental: según ellas unas figuras se bastan con su cuerpo y traje, otras piden símbolos y adjuntos, y para otras es menester el cuadro vivo de una acción completa.

Mayor es el problema cuando se trata de sujetos cuya actividad no tiene instrumentos que adecuada y concretamente la simbolizen; pero aun así el común sentir, espontáneamente formula soluciones por medio del lenguaje

vulgar. Un estadista, por ejemplo, en quien, para darle celebridad, han necesitado reunirse ciencia, energía, actividad, valor, es «todo un hombre», «una figura de cuerpo entero.» Un sabio cuya vida es tan del espíritu que la del cuerpo queda en él postergada, reducida cuasi á nulidad, es «una cabeza, una buena cabeza.»

Seguid estos consejos los escultores y acertaréis, invertid los términos y consumiréis un desatino; poned en medio de una plaza el busto de Carlo Magno ó de Fernando el Católico y nadie lo notará; haced la estatua de Shakespeare, de Meyerbeer ó de nuestro Becquer y nadie buscará en ella la gentileza, ni la gallardía ni lo arrogante de la apostura, sino el rostro y su expresión. ¡Cuidado si habría visto estatuas la famosa zorra que, sobre ser, de suyo, revisalsera, todos los fabulistas la embargan para dirimir contiendas difíciles y, sin embargo, jamás la vino en ganas motejar á ninguna estatua de cuerpo entero, estante ni ecuestre, su interior compacto y sin cerebro ni vísceras ni sangre; ya tenían estatura, brazo, armas, actitud... y eso las bastaba; pero no perdonó al busto: ¿qué hacía allí aquel adoquín modelado, tan correcto y tan inexpresivo?; no tenía sino lo que tomamos por albergue del genio; y el albergue estaba desalquilado; ¡bah, bah! he mirado, te he remirado, hasta te he olido... nada vales: tu cabeza es hermosa, pero sin seso.

II

Va manifestándose en Zaragoza el ansia de celebrar, por monumentos, sus héroes y sus gloriosas gestas: la Cruz del Coso no vale sólo por ser un número de la serie, sino más quizá por haber dado un ejemplo que ha de ser imitado. Pero sucede en esto como en los ferrocarriles secundarios: día llegará en que España tenga muchos, pero de tan distintas condiciones que sea imposible concordar sus servicios: ha faltado un plan: y téngase presente que la iniciativa particular es generosa y eficaz, pero no suele ser ordenada.

En Zaragoza esa iniciativa merece plácemes: á ella deberemos todo; Jardiel y la subscripción movida por él han hecho el monumento á los mártires. Aznárez ha iniciado el de los Sitios; el niño Juanito Pardo ha resucitado la idea muerta y enterrada del de Agustina; una buena idea de Juan Pedro Barcelona va á traducirse en hechos para honrar la memoria del pedagogo Zabala...

Pero el monumento á los Mártires y á los Héroes hecha con «óbolos de viuda» no resultará tan rico cual debiera; el de los Sitios amenaza ser un duplicado del anterior; y el de Agustina...

Me da pena censurar en este asunto; ni parece que hay resquicio por donde colar un dictamen adverso; un niño que pide á un artista de primera fama la caridad del arte para el patriotismo: el artista que accede, dos pueblos españoles que se tienden la mano de amigos á través de muchas leguas; y otro patricio generoso que costea el pedestal; diríase que no hay más que pedir.

Pero sí que hay: no á ellos,—harto hacen;— sino á quien debiera tener ordenado el plan general de la monumentación de Zaragoza.

Pase—y harto es,—esta forma regresiva de monumentalizar y poner lápidas á eminencias modernas muy dignas de eso y de más pero que han logrado excesiva prelación sobre Alfonso el Batallador, Jaime I, Zurita, D. Antonio Agustín... Por nada prescindiría yo de las ya existentes, pero quisiera también esotras.

Agustina de Aragón es una heroína de momento: en el fogonazo del Portillo empieza y acaba su epopeya; pero aquel botafuego es el símbolo de la tenacidad de nuestro pueblo, el cual no cede ni aun á la vista de la muerte: por eso ha prevalecido, como empresa sintética de la defensa de los Sitios, aquel cañonazo, demás de que la Historia hecha por el siglo XIX se desvive por sacar héroes de la masa del pueblo á la cual esto halaga mucho.

Pase: me allano á que el pueblo de Zaragoza se encarne en Agustina y no en tío Jorge Ibor, ni en Casta Alvarez ni en Manuela Sancho; pero es preciso que esa Agustina sea la artillera improvisada del Portillo en el único momento de su historia; venga el grupo, el artillero muerto, el cañón... si eso falta no habrá monumento.

Si ponemos la estatua de Agustina de cuerpo entero sobre un pedestal magnífico y en medio de la plaza: ¿Cómo será posible caracterizarla bien? ¿Por la escarapela que la dió Fernando VII? Esa es la insignia de la pensionista del Estado, no de la heroína. ¿Por el traje local? ¿Por la actitud airada? Parecerá entonces una figura arrancada de un motín de verduleras. ¿Arengando, animando á los otros? ¡Pero si ella no arengó ni animó! Cabalmente su mérito consiste en que no usó palabras sino hechos, y no los mandó sino los hizo.

Pero ni aun estatuas conceden: va á ser un busto cual si se tratase de Sócrates, de Platón, de Zurita, de alguna cabeza supereminente: y ese busto nos lo regala Benlliure y sobre todo, lo hace Benlliure. Hermoso será, seguramente; pero ¿cómo representará á Agustina?

Tiene el busto limitaciones gravísimas de expresión, falta del estado de la mímica no puede manifestar sino un estado sereno del ánimo, nunca lo pasional; tiene, además, exigencias de indumentaria que lo atienen siempre á lo clásico: aquí no es adecuado el desnudo griego, y ¿cómo el traje de la mujer de nuestro pueblo es compatible con esas reglas fijas y constantes de la estatuaria?

Mi voto, del cual nadie hará caso hoy, helo aquí: tomemos de Rodríguez Villanueva lo que nos dé su generosidad; encarguemos á Benlliure el grupo escultórico de la defensa del Portillo: indemnícemos bien su trabajo—que pagarlo no cabe,—escríbanse en oro sobre los fastos de esta ciudad los nombres de esos dos buenos patricios; y no caigamos en el vicio de querer hacer las cosas pronto y baratas: muy bien está comer pan de centeno y beber agua de pozo: sobriedad puede ser eso y no grosería del sentido, pero el arte tiene otras leyes: ó no se emprenden sus obras ó hay que hacerlas bien.

J. MONEVA Y PUYOL,

Profesor en la Universidad de Zaragoza.

EL FILÓSOFO ZARAGOZANO AVEMPACE

V

Es un fenómeno que admira el de la mutua tolerancia que se advierte existía en aquellos siglos medievales, que muchos califican de intolerantes, entre los hombres consagrados al estudio de la filosofía, aunque estuviesen divididos y profundamente por sus ideas religiosas. Musulmanes, judíos y cristianos, así como convivían y pacíficamente comunicaban en el comercio social, fuera de los períodos de guerra política ó religiosa, comulgaban también en el tranquilo culto de la verdad, considerándose, más que como adversarios, como aliados y colaboradores para una empresa común, siempre que no se trataba de discusiones dogmáticas. De aquí los mutuos elogios que con sincero entusiasmo se tributan los filósofos de las tres religiones, cuando tratan de aquilatar los méritos de sus colegas en la indagación de cualquier problema que no afecte á los fundamentos de su credo religioso. De aquí el abierto criterio de sano eclecticismo que les inspira en todas sus elucubraciones, sin el temor pueril de utilizar unos las legítimas investigaciones de otros, y hasta citando las fuentes de donde derivaron su prestada ciencia. Ni se achaque tal conducta de aquellos filósofos al sello autoritario y dogmatista que caracteriza á la ciencia medieval; porque al lado de las opiniones aceptadas se encuentran también las excluidas y rechazadas: no todo son copias incondicionales admitidas sin crítica previa, sino también examen personal y discreto, juicio filosófico y original de las doctrinas ajenas.

La razón última de esta conducta hay que encontrarla en el maestro común de todos ellos en su educación filosófica. Sabido es que la ciencia de los siglos medios es hija legítima de Aristóteles y de los Alejandrinos; de modo que era muy natural se reconociesen como hermanos todos los que tenían la noble profesión del estudio. Y de otra parte, unos eran deudores de otros en cuanto á su iniciación filosófica. Para nadie es hoy un misterio que, así como en occidente la escolástica cristiana fué heredera del saber judío y musulmán, en el oriente en cambio, los cristianos fueron los educadores de musulmanes y judíos.

Hasta la época en que Mahoma y sus sucesores realizaron en el Asia aquella inmensa revolución religiosa al par que política, los judíos habían

permanecido como petrificados en su Talmud, sin asomos siquiera de despertar filosófico. Pero así que los movimientos intelectuales del mundo musulmán reaccionaron sobre la sinagoga, surgió por natural imitación en ésta la división teológica y, como inevitable secuela, el aprendizaje de la misma filosofía de sus conciudadanos musulmanes. Maimónides lo dice sin distinguos, en su *Guía de los extraviados*, y su testimonio desinteresado merece todo crédito.

Ni fué distinta la marcha de los sucesos, por lo que atañe á nuestra península: también aquí el peripatetismo de los judíos deriva directamente del musulmán; porque, aparte del sistema panteísta de Avicbrón, cuyas fuentes conocidas no parecen haber venido del islam (1), al menos del español, toda la fermentación filosófica posterior al atrevido pensador malagueño tuvo su comienzo y su causa en la musulmana. Y es que, como las audaces teorías de Avicbrón pugnaban con el dogma mosáico, los judíos consagrados al estudio hubieron de rechazarlas como heréticas, y refugiáronse, á guisa de transacción con la ortodoxia, en una síntesis que armonizase á ésta con la doctrina de Aristóteles, síntesis que no tuvieron que inventar, pues la encontraban ya hecha en los peripatéticos hispano-musulmanes de los siglos xi y siguientes. No quiere esto decir que en los filósofos hebreos posteriores á Avicbrón no haya nada de original; porque ni faltaron adversarios de las nuevas corrientes, como los teólogos Bahya, hijo de José, y Juda Leví, ni fué aceptada aquella síntesis musulmana sin previo examen y sin la natural adaptación al dogma judío. Pero, todo esto no obstante, el hecho que se destaca con el mayor relieve de toda la historia del pensar hebráico en el occidente medieval es que á los musulmanes debió todo su esplendor y que de ellos fué el continuador y heredero.

Sobre todo échase de ver este fenómeno, desde el momento en que la filosofía árabe española adquiere una mayor sistematización en manos de Avempace: la reacción teológica, á que arriba aludimos, representada por Bahya y Juda Leví, pierde terreno cada día, y tras de una época crítica de perturbación é incertidumbre en los espíritus, de que las obras de Abenezra son claro retrato, la teología ortodoxa toma decididamente un rumbo de conciliación y armonía con la especulación griega en el celebrado libro de *La fe sublime*, compuesto por el toledano Abraham hijo de David.

No era éste, sin embargo, el llamado á realizar esta generosa tentativa; para llevarla á feliz término, era preciso, como dice Munk, un espíritu que, dominando á la par la teología y la filosofía, uniese la tranquila calma y la claridad del pensamiento á la energía y á la profundidad, y fuese capaz, por su imponente sabiduría y su penetrante crítica, de iluminar todo el dominio de la religión con la antorcha de la ciencia, y de fijar con precisión los límites de la especulación y de la fe. Este hombre extraordinario fué Maimónides, apellidado por sus correligionarios *el segundo Moisés*. Su *Guía de los*

(1) Así lo asegura Munk, aunque es un hecho bastante significativo el de que Avicbrón redactase en árabe todas sus obras filosóficas.

extraviados, aunque no hubiese realizado aquel noble propósito, contribuyó poderosamente á difundir más y más entre los judíos el estudio de la filosofía peripatética de los árabes, haciendo aptos á sus correligionarios para desempeñar el papel de transmisores de aquella filosofía á la escolástica cristiana.

Y hé aquí porqué nos interesa evocar el juicio que á Maimónides mereciera el saber de nuestro Avempace, si hemos de suplir en alguna manera la deficiencia de motivos para una crítica personal y directa, á que aludíamos en el artículo anterior. Cabalmente Maimónides reúne, á parte las dotes de inteligencia y erudición exigibles en un testigo de este género, condiciones que le hacen digno de todo crédito. No insistiremos en la circunstancia de profesar distinta religión, que le pone al abrigo de explicables parcialidades. Demás de esto, Maimónides, aunque no fué discípulo de Averroes ni de Avempace, como parece dar á entender León el africano, aceptó, cual si lo fuera, la mayor parte de las teorías del primero, y ya hemos indicado repetidas veces que el sistema averroísta deriva del de Avempace. Ni es esto de extrañar, porque el mismo Maimónides confiesa en su *Guía* (1), que estudió la filosofía bajo el magisterio de uno de los discípulos del filósofo zaragozano.

No tenemos, pues, más que examinar brevemente las analogías, que en el *Guía* se advierten, entre la doctrina de Maimónides y la de los peripatéticos árabes, para inferir con toda lógica las que guarda con Avempace, ya que éste fué el príncipe de los que florecieron en España, según creo haberlo evidenciado en los anteriores artículos.

Y ante todo resulta con claridad la analogía, en la común enemiga contra los teólogos motacálimes. La hipótesis atomista de éstos y su negación del principio de causalidad son combatidas por Maimónides, á imitación de la severa crítica que Averroes hizo de ellas en su libro titulado *Destrucción de la Destrucción de los filósofos*. Si no llega á la impía tesis de algunos peripatéticos judíos, según la cual la materia es eterna, sin embargo tampoco se atreve á asegurar que la eternidad del mundo sea una heregía, ni que la doctrina de la creación pueda ser apodícticamente demostrada.

Es también idéntica á la de los filósofos árabes su teoría neoplatónica de las esferas celestes y del influjo que en ellas gradualmente ejerce el espíritu divino, para explicar el dogma de la providencia. Y es de notar que en este punto concreta más su pensamiento, asegurando haber tomado de Avempace su teoría. «El grado más sublime, dice (2), á que ha llegado la especulación de los filósofos en estos tiempos, es el de concebir á Dios como el espíritu de la esfera celeste, es decir, que la esfera celeste y los astros son el cuerpo, cuyo espíritu es Dios. Así lo enseña Abubéquer Abenasaig (Avempace), en su comentario sobre la *Acroasis* (3).»

MIGUEL ASÍN.

(Se concluirá.)

(1) II, 84.

(2) *Guía*, III, 222.

(3) Es el *Liber de auditu physico* de Aristóteles.

La próxima epidemia de viruela en Zaragoza

(CONTINUACIÓN)

Otra labor aneja á la profesión médica es la de *propaganda*, que tendrá en los médicos sus más decididos paladines. El periódico, el folleto, el discurso del Ateneo, de la Facultad de Medicina, de los múltiples centros con que contamos..... seguirán como hasta aquí divulgando saludables enseñanzas, haciendo atmósfera, con tanto mayor empeño cuanto más tangible sea su aprovechamiento; y en lo que toca á *ejecución*, el médico en sus relaciones profesionales vacunará y revacunaré con la insistencia del que sabe que no predica en desierto, que no está solo, desoído y que su labor no va á quedar estéril.

El *público*, Señores, ese público en beneficio del cual redundará todo lo que en la profilaxis de la viruela se haga, ese público que permanece sordo á todas las excitaciones que se le dirigen; indiferente á nuestras repetidas advertencias, como si en atenderlas no le fuera su vida y la vida de sus hijos; ese público que ni me escucha hoy ni me leerá mañana y que si me escuchara ó me leyera respondería con una mueca desdeñosa igual á la que tuvo para reciente y saluífera exposición; ese público que sólo tiene comodidad para enterarse de lo que no le importa y dinero para envenenar su cuerpo con el amflico de la taberna y sus costumbres con las desvergüenzas del teatro; ese público desconfiado é ignorante tiene que ser *vacunado* primero y *educado* después.

Para vacunarlo hay precisión de ir asediándolo por todas partes: en el taller, en la cantina, en la calle, en el periódico, en la escuela por el intermedio de sus hijos, en el lavadero, en la barbería, en la fábrica, en su propia casa, uno y otro año, hasta quebrantar esta maldita apatía de piedra berroqueña. Hay que llamar á su puerta una y otra vez llevándole la vacuna, como se llama llevándole la candidatura. Porque, no creáis que la causa de que el público no se vacune sea hostilidad hacia esta práctica: éste es un error muy difundido, hasta entre los médicos, y una excusa muy cómoda para no hacer nada. Yo os lo aseguro, como aseguro todo lo que me habéis oído, porque lo he visto y tocado; yo os invito á comprobar, como todas mis demás afirmaciones, esta otra: en Zaragoza el tipo ridículo del antivacunista no existe ó es rarísimo. El niño que falleció poco há en la calle del Sacramento, n.º 5, piso 3.º, tiene dos hermanos vacunados y el otro no lo necesita, lo cual demuestra que

la víctima no fué vacunada por abandono. El de la calle de las Armas n.º 28, estaba sin vacunar y lo que hay en sus padres es, no hostilidad á la vacuna, sino gran pena por no haberla aplicado desde luego en vez de aplazarla para el buen tiempo. El de la plaza del Pueblo tiene otro hermano vacunado..... y si, como yo he ido, vais en tiempo de epidemia de una en otra casa atacada, oiréis siempre la misma respuesta: «Sabe V. ya íbamos á vacunarlos pero nos dijeron..... se nos pasó, no sabíamos etc. etc»; pero oposición franca, yo no la he tropezado más que una vez, y qué tal sería que acabó con la vacunación de la mitad de la familia todavía libre. Ayer mismo iba yo hacia la calle de Aben-Aire núm. 4: mí condiscípulo y amigo el Sr. Pastor (D. Demetrio) me había dicho que en el piso 3.º tenía un varioloso y que había vacunado á los otros dos hermanitos que, como el atacado, estaban sin vacunar: tropezé en el camino con el Sr. Gota que me está escuchando; después de confirmar la noticia del Sr. Pastor, entramos en el 2.º piso, único que quedaba habitado: allí tropezamos con una abuela, dos mujeres jóvenes y hermanas y seis chiquillos que caben en una chocolatera. «¿Cuántos de estos buenos mozos están sin vacunar? Cuatro, señor. ¿Y por qué? Por... sabe V., pero ¿se vacuna ahora? Vaya, á las doce en mi casa con un tubo de vacuna que van VV. á comprar en tal sitio etc. etc», y á las doce aquellos cuatro angelitos y mis tres hijos mayores estaban en mi comedor, al sol, con sus bracitos al aire ya vacunados. No hay pena por la viruela de aquella casa: ya veréis cómo no ataca á ninguno más.

En resolución, señores, el público no se vacuna por pereza. Aquí de la doctrina cristiana: contra *pereza* en el público, *diligencia* en las autoridades.

Al público hay también que *educarlo*. La mayoría de los asuntos de higiene pública se reducen á una cuestión pedagógica: ved lo que ha ocurrido recientemente en Inglaterra. «Derrotada la ley de vacunación obligatoria, á merced esta práctica de la conciencia de los padres, (cláusula de conciencia la llaman allí) los obligacionistas, aparte del auxilio que reciben de las autoridades, toman rápido y completo desquite; sus argumentos no pueden ser más convincentes. De ochenta compañías de seguros sobre la vida, trece no admiten no vacunados y cincuenta y siete no abonan en caso de muerte por viruela. Se ha trabajado con increíble ardor para cerrar todas las puertas á los no vacunados: los mismos ministros que prohijaron la ley, no aceptaron luego en sus oficinas á los no inoculados: el Duque de Norfolk, que votó en pro de la cláusula de conciencia como político, no admitió empleado alguno sin vacunar en el ramo de Correos, á su cargo: lo mismo hicieron en Guerra el Marqués de Lansdowne, en Marina Goschen, y en Hacienda el primer lord de Tesorería. Los propietarios de casas constituyeron una liga cuyo lema fué «no hay casas para los de la cláusula de conciencia». La libertad que concedieran el gabinete Salisbury se convirtió en un semillero de vagabundos, hambrientos y desterrados.»—(Rodríguez Méndez.)

He aquí un pueblo á quien, como á los niños crecidos, le estorban los andadores; no necesita de sus gobiernos para hacer lo que le conviene: sabe que la vacuna es inofensiva, sabe que la vacuna es eficaz y si rechaza la vacu-

nación impuesta por la ley, celoso de su dignidad, la impone en cambio como medida de defensa social mútua. Nuestro pueblo es tan educable como cualquiera otro, y en nuestro pueblo el problema de la educación higiénica sería obra de tiempo como en los demás. ¿Queréis andar la mayor parte del camino en el de su resolución? Apoderaos de la escuela: no os conforméis con rechazar de ella á los niños no vacunados ó revacunados, según la edad en que se encuentren, sino vacunadlos y admitidlos; pues de otro modo, por evitar un mal engendraríais dos; el que los rechazados ni se vacunasen ni se instruyeran. Es preciso, además, llevar á la escuela cartillas higiénicas acerca de la viruela, del tifus, de la difteria, del sarampión, de la cruelísima tuberculosis, del alcoholismo que llena de enfermos nuestros hospitales, de locos nuestros manicomios y nuestras cárceles de criminales; cartillas higiénicas de puericultura, especialmente para las niñas, para las futuras madres; cartillas higiénicas que constituyan materia de estudio diario y materia de exámenes. Hay que sembrar en la escuela, desde los primeros años, las salvadoras nociones de la Higiene profiláctica: hay, en fin, señores, que ir á la escuela con un catecismo higiénico para la salud del cuerpo, como va nuestra Santa Madre la Iglesia con un catecismo religioso para la salud del alma.

Urge poner en práctica estas medidas, así como yo las propongo ó con las correcciones que la experiencia nos imponga: en ello andan comprometidos el buen nombre de Zaragoza y la vida de centenares de sus habitantes. Zaragoza gastará en una campaña antivariolosa ménos, mucho ménos, de lo que gasta en rellenar el portamonedas de un torero arriesgado ó el de una bailarina deshonesta. Y el trabajo, las dificultades.... ¿Cuando se haría el progreso si nos detuvieran las dificultades? En nuestra labor hay un fin humano y grande: á acometerla sin vacilaciones.

Si así se hace, quien sabe si, en las postrimerías de mi vida, podré yo, en este sitio ó en otro semejante, presentaros una estadística de redención, en vez del cuadro sombrío que acabáis de contemplar. Pero si este trabajo en el que puse tanta labor y tan buen propósito como quizás poca fortuna, la tuviese tan menguada, que cayera en el vacío, cual cayeron estudios meritísimos de eminentes compañeros y amigos míos, (Borobio, Cerrada, Iranzo, Fairén, Assirón, Fuentes....); si mi arriesgada cuanto saludable profecía no merece otra cosa que un despreciativo encogimiento de hombros, óldlo bien, vecinos de Zaragoza, óldlo bien, autoridades de Zaragoza: La viruela vendrá en plazo breve y nos arrebatará en su repugnante sudario de pus y de costras medio millar de zaragozanos. Nosotros podemos evitarlo: nosotros debemos evitarlo: el hacerlo así, sería una hermosa obra de caridad, un bello testimonio de cariño á la población y una brillante manera de celebrar nuestra entrada en el siglo xx.

Y basta, Señores, y muchísimas gracias por la pacientísima atención con que me habéis escuchado. He dicho.

GÓMEZ SALVO.

(Se continuará.)

EL TRABAJO

(Poesía premiada en los últimos juegos florales celebrados en Alcañiz)

A mi queridísimo amigo, el genial artista Félix Lafuente.

Quando el sol por el Oriente, tras la noche silenciosa,
con sus rayos fecundantes vuelve el mundo á iluminar,
en el fondo de mi pecho nace pura y bulliciosa
la alegría incomparable que produce el despertar.

Y es que el mundo, me parece que, al nacer un nuevo día,
en lugar de hacerse viejo, de agotarse y de morir,
siente impulsos sobrehumanos que le dan nueva energía
agitando en sus entrañas los deseos de vivir.

Y su vida será eterna (como todo lo creado
por el genio prodigioso del Divino Creador)
mientras quede vivo un hombre, valeroso y abnegado,
que se entregue á las delicias del trabajo y del amor.

¡El trabajo!.. De los goces y placeres de la tierra,
no hay ninguno que le iguale ni en poder ni en majestad.
Cuantas dichas anhelemos, el trabajo las encierra,
pues él es quien da á los hombres la alegría y la salud.

Y es que Dios, que á todas horas la bondad lleva consigo,
en un rasgo omnipotente de sublime caridad,
cuando impuso á nuestros padres el trabajo por castigo,
por castigo quiso darles la mayor felicidad.

¡Oh, que hermoso es ver al hombre tras las horas del reposo
violentar de la pereza la tiránica opresión
y lanzarse en el torrente fecundante y bullicioso
de la vida y del trabajo que ha de ser su redención!

Por la noche todo es sombra y es tristeza y es misterio.
Por el día, todo es goce, todo es luz y todo es bien.
La quietud deja á la tierra convertida en cementerio,
El trabajo, hace que el mundo se convierta en un edén.

¡Venga el día!... Venga el día con sus luchas y sus ruidos,
que la lucha es cien mil veces preferible á la inacción
y entreguémonos los hombres de entusiasmo poseídos
á buscar en el trabajo nuestra eterna salvación!

Dios es grande y generoso y en su afán nunca saciado de que hasta El con nuestras obras nos podamos acercar, con destellos de su genio nuestra mente ha iluminado dándonos las facultades de sentir y de crear.

Trabajemos sin descanso, que aunque se halla todavía muy distante de nosotros la suprema perfección, pues los odios aun ejercen su ominosa tiranía y aun la envidia muchas veces nos atrofia el corazón;

aunque á ratos nos agitan cien ridículos rencores y aun los vicios nos consumen y aún impera la maldad y aun no somos resignados al sufrir nuestros dolores ni conmueve nuestro pecho bienhechora caridad;

aunque en horas de delirio, de locura y de torpeza mancillamos implacables los deberes del amor y aunque al ver bajar del cielo la alegría y la belleza

hay quien niega irrespetuoso la existencia del Señor, en el fondo de mi pecho la esperanza he mantenido de que el hombre sus errores poco á poco olvidará y que al fin, por la experiencia dominado y dirigido, solamente en el trabajo la ventura buscará.

Trabajemos. No se dejen dominar por la fatiga, ni el humilde campesino ni el sufrido labrador, pues la tierra será siempre su fecunda y fiel amiga y ha de darles nuevos frutos cada gota de sudor.

Trabajemos. Que á las minas cada vez con nuevos bríos el minero á todas horas el carbón vaya á buscar, pues así cuando el invierno se aproxime con sus fríos á sus hijos podrá darles la salud y el bienestar.

Trabajemos. Que el obrero redoblando su energía en los hornos de la fábricas aprisione más calor y en las altas chimeneas surja el humo todo el día como incienso que elevamos hasta el trono del Señor

Trabajemos. Den los sabios, sin sosiego y sin reposo, nueva vida y nuevos rumbos á la triste humanidad para que haya á cada instante más de un genio prodigioso que, á los hombres, como Cristo, les enseñe la verdad.

Trabajemos. De los goces y placeres de la tierra, no hay ninguno que al trabajo le aventaje en magnitud. Cuantas dichas anhelemos, el trabajo las encierra, pues él es quien dá á los hombres la alegría y la salud.

Y es que Dios, que á todas horas la bondad lleva consigo, en un rasgo omnipotente de sublime caridad, cuando impuso á nuestros padres el trabajo por castigo ¡por castigo quiso darles la mayor felicidad!

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY

La filosofía en el siglo XIX

(CONTINUACIÓN)

B) Neocriticismo. Cuando el pensamiento de Kant parecía agotado á fuerza de las trasformaciones que en él habían introducido sus inmediatos discípulos ya idealistas ya pesimistas, en el último tercio del pasado siglo intentaron algunos restaurarlo, sacando las consecuencias fenomenistas que claramente se desprenden de los principios sentados en la *Crítica de la razón pura*. Iniciada esta empresa por Alberto Lange en Alemania y Cárlos Renouvier en Francia, ha tenido no pocos auxiliares (1) entre los que cultivan los estudios filosóficos, aunque ninguno de ellos haya logrado presentar una síntesis filosófica, que por su originalidad y amplitud de miras pueda competir con la labor de los otros discípulos de Kant que se inclinaron del lado del idealismo. Por haberse preocupado con exceso en averiguar los fundamentos de la certeza y resolver la eterna cuestión entre el idealismo y el realismo, les ha faltado á los neo-criticistas la osadía de concepción que caracteriza al genio y han consumido el tiempo y las energías en contemplar la ruta abierta por el maestro en vez de ir avanzando en la dirección que aquél les señalaba. ¿Y cuáles son las soluciones presentadas por los neo-kantianos al problema crítico, objeto preferente de su atención?

La certeza no es, según ellos, el conocimiento motivado de la verdad, sino una creencia, un asentimiento libre más ó menos probable y que puede ser revocado á gusto de la voluntad. No hay criterio absoluto é infalible de certeza; únicamente puede servir de norma provisional, para distinguir entre la verdad y el error, el acuerdo ó conformidad entre los hombres pensadores. Así se explica, dicen, que pueda haber en los hombres contradicciones sinceras, que todo juicio se preste á dificultades y que no exista verdad, por evidente que parezca, que la reflexión no pueda poner en duda. Es siempre la voluntad libre quien decide todas las cuestiones (2). De análoga manera se expresan Lachelier, Boutroux, Liard, etc.

(1) Entre los cuales merecen citarse Pillon que desde el año 1891 viene publicando *L'année philosophique*, libro en el que al dar cuenta de las obras de filosofía publicadas durante el año, deja ver bien á las claras sus simpatías por el idealismo fenomenista; Secretan, Lachelier, Inspector general de la Universidad de París, Boutroux profesor de historia de la filosofía moderna en la Sorbona, Liard, Dauriac, Paulsen y otros muchos.

(2) Véase Mercier: *Critériologie generale*.—Louvain.—1899, lib. III, cap. I, art. 2.

Por lo que se refiere á la naturaleza del objeto del conocimiento, los neo-kantianos establecen el fenomenismo idealista y señalan el orden moral como único apoyo de las verdades metafísicas. Para nosotros, dice Renouvier, lo representado es la única realidad. El yo, como todas las demás cosas, es un conjunto de fenómenos que se conciben como objetos, reunidos y constituidos en un sujeto permanente. O hablamos de las cosas en cuanto representan y son representadas, ó hablamos de las cosas en cuanto tienen alguna otra relación ó no tienen ninguna; en el primer caso, las cosas se confunden con las representaciones, en el segundo las cosas son como si no fueran, puesto que no se conocen. Luego las cosas son fenómenos *en cuanto al conocimiento*, y los fenómenos son las cosas (1). Para los neo-criticistas, un acto de fe libre é individual constituye lo que pudiera llamarse verdad *primera* y fundamental del orden metafísico. Admiten la libertad, la inmortalidad del alma, la existencia de Dios y la realidad del mundo porque lo consideran como un deber, aunque están convencidos de que es imposible *saber* todas esas cosas con certeza ni aun con probabilidad científica (2). Como dice Secretan: «No sabemos nada, ni comprendemos nada de nada, pero debemos creer y creemos, á pesar de todas las apariencias en contrario» (3).

Partiendo de estas bases criteriológicas, Renouvier y Luis Prat han publicado recientemente su «concepción metafísica» del universo (4). Reducido éste á puras relaciones entre los objetos de la representación mental, había que buscar en primer término el sujeto de esas relaciones. Este es la mónada, sustancia simple, que se determina y concreta por la relación fundamental de ella á sí misma en un mismo sujeto, y adquiere por esta relación la conciencia de sí propia. Esa relación fundamental les basta para explicar la actividad interna, la voluntad ó deseo de un fin, la percepción exterior, la libertad (5) y los demás fenómenos del espíritu. Todas las sustancias sensibles (materiales, en nuestro tecnicismo filosófico) son un agregado de mónadas; pero que en los seres orgánicos dichas mónadas se agrupan con arreglo á cierto orden jerárquico merced al cual dependen unas de otras en su desarrollo. De todas estas combinaciones se encarga la armonía preestablecida que dichos autores introducen en el universo para reemplazar la causalidad (6). Admiten un Dios personal, providente, creador y legislador supremo, pero no infinito ni sin comienzo, porque estas dos últimas cualidades las creen inconcebibles.

(1) Citado por A. Van Wedingen en su obra *Les bases de l'objectivité de la connaissance etc.* F. Hayez.—Bruxelles, 1889, pág. 20 y 24

(2) En esto se apartan del filósofo de Königsberg; pues éste había reivindicado la certeza práctica en provecho de esas verdades. Igualmente ha modificado Renouvier las categorías kantianas.

(3) Citado por Fouillée en su obra *L'avenir de la métaphysique*, pág. 250.

(4) Tal es el asunto de la obra que lleva por título *La nouvelle monadologie*, par Ch. Renouvier et Louis Prat. Un vol. en 8.º, 546 págs. Paris, Colin et Cie. 1898.

(5) Es muy curioso el empeño de estos señores en conciliar la existencia del acto libre con la armonía preestablecida y la negación de toda causalidad. Y creen haberlo conseguido.

(6) El supuesto influjo de unos seres sobre otros lo consideran como una ficción; en realidad, dicen, no hay más que hechos que se suceden entre sí.

C) *Monismo de las ideas-fuerzas de Alfredo Fouillée.* Espíritu dotado de una potencia analítica que casi puede competir con la del filósofo de Kœnisberg, dedicóse Fouillée en los comienzos de su carrera filosófica, alentado por las inspiraciones de Frank, á la crítica de los sistemas filosóficos. Y en esta labor se ha distinguido tanto, que pocos han conseguido enterarse tan bien y conocer tan á fondo las varias fases del pensamiento filosófico desde Sócrates y Platón hasta el momento presente. Sus obras de este género no son una exposición narrativa de los sistemas, en que el historiador, á puro de ocultar su personalidad, deja sospechar á los lectores que él mismo no se ha enterado de los sistemas que va exponiendo, sino que son modelo de claridad y de trabajo personal, pues se ve en ellas al autor colocado en un punto de vista tan alto, que no hay sistema por oscuro y complicado que sea, cuya armazón y fundamentos no logre extraer por completo sin haberlos roto ni desvirtuado (1). Y para demostrar que su interpretación es exacta, aparte de las notas que acompañan á sus trabajos de historia de la filosofía ha entresacado de las obras de los grandes filósofos aquellos capítulos en que aparecen tratados y resueltos los puntos más importantes de su sistema, para coleccionarlos en un libro que titula *Extraits des grands philosophes*.

Pero no se ha contentado Fouillée con criticar á los demás; sino que terminada su tarea de historiador, empezó á resolver por cuenta propia el eterno problema de la metafísica que ha sido y será siempre la médula de la filosofía.

La metafísica, en opinión de Fouillée, á diferencia de las otras ramas del saber que tienen por objeto las diversas partes de la realidad, estudia el *todo* para presentarlo como un sistema *inteligible*, es decir, como un sistema en que la separación aparente de la inteligencia y sus objetos se resuelva en la unidad. Sin este monismo no hay inteligibilidad, no hay universo inteligible, no hay sistema completo del universo, no hay metafísica (2). Esta *síntesis última* en que se trata de unificar el sujeto pensante con los objetos pensados, no puede hacerse en términos objetivos, aniquilando el sujeto para dar toda realidad al objeto, como pretende la metafísica dogmático-realista; ni tampoco puede ser explicación universal la que, siguiendo el camino opuesto, lo reduzca todo á términos psíquicos y producciones del yo á la manera del subjetivismo. De aquí la necesidad de establecer un monismo riguroso en el cual lo incognoscible, los hechos físicos y los hechos psíquicos que en la teoría de Spencer se consideran como cosas distintas, se reduzcan á la unidad mediante un elemento común á todos ellos.

Este elemento común no es el yo, ni lo absoluto, ni la idea, ni la voluntad, ni lo inconsciente, sino las *ideas-fuerzas* (3).

(1) Únicamente á la Escolástica no le otorga la importancia que realmente tiene. Pero esto son achaques de la época presente y que sólo desaparecerán cuando los escolásticos tomen parte activa en el concierto científico, del cual están ahora bastante separados.

(2) *L'avenir de la métaphysique*, ya citada, pág. 290.

(3) La palabra *idea* representa en la teoría de Fouillée toda forma de la vida consciente con sus elementos intelectuales, emocionales y volitivos.

La teoría psicológica que considera las ideas como simples reflejos de un mundo independiente de ellas, como la simple visión de cosas en cuya producción no influyen, es completamente arbitraria. Lejos de ser la fuerza propia exclusiva de lo físico, hemos de decir que en rigor sólo se la encuentra en la actividad consciente; porque el movimiento, que es la expresión de la fuerza mecánica, supone un elemento interno de apetición, como diría Leibniz, de conciencia virtual, la cual actualizándose adquiere la forma superior propia de la idea. Lo mental es por consiguiente uno de los factores que, filosófica ó metafísicamente, dan cuenta de la producción del movimiento y del cambio en los seres. Luego los estados de conciencia son factores que contribuyen á la evolución de lo mental y de lo físico.

En el sistema monista del filósofo francés, lo mental y lo físico, como si dijéramos el pensamiento y la materia, no son más que dos aspectos de una sola realidad, la cual se revela directamente á sí misma en el apetito y aparece bajo la forma de mecanismo en sus relaciones con el medio. El apetito es el gran resorte psicológico, y las leyes mecánicas no son sino leyes de relación mutua entre el apetito y su medio (1).

Y tan encariñado está con sus ideas-fuerzas, que no sólo pretende explicar con ellas la creencia general y constante en la unidad é identidad de nuestro yo como algo real y distinto de los demás seres, sino que les otorga en cierto modo el poder de crear á Dios. «Debemos desear y querer, escribe, que Dios sea. Sobre todo debemos obrar como si existiera. Si el supremo ideal de la moralidad y del amor no es real todavía, hay que crearlo; al menos que exista en mí, en nosotros, en todos, si es que no existe ya en el universo! Quizá entonces acabará por existir en el universo. No, el hombre no puede decir con certeza, ni en nombre de la moral ni de la metafísica: Dios existe; y menos aún: Dios no existe; pero debe decir con sus palabras, y con sus pensamientos y con sus hechos: Que Dios sea, *fiat Deus!*» (2).

D) *Idealismo lógico de Weber* (3), *Remacle, Bergson, etc.* Señalamos con este título la nueva dirección seguida por los redactores de la *Revue de metaphysique et de morale*, que viene publicándose en París desde el año 1893. Aunque dichos redactores no sean discípulos de un mismo maestro, ni profesen doctrinas del todo iguales, les une sin embargo una misma tendencia que bien pudiera apellidarse ultra-idealista. Todos ellos consideran como excesivamente dogmáticos y realistas, no ya los sistemas filosóficos inspirados en el criterio subjetivista del positivismo inglés, sino hasta las atrevidas concepciones germánicas de los primeros discípulos de Kant. Consagrados hasta la fecha á una labor que bien puede llamarse negativa, destruir el dogmatismo, no nos han presentado todavía el conjunto de *verdades* y la explicación

(1) Véase su obra *L' evolutionisme des idées-forces*, París, 4890. Introd. No hace falta señalar las analogías de este sistema con el de Schopenhauer, porque saltan á la vista.

(2) Citado por Monseñor Mercier en su obra, *Les origines etc.* p. 167.

(3) Este filósofo, que no debe confundirse con el psicofisiólogo alemán H. Weber, da á su idealismo el nombre de lógico, porque los sistemas idealistas anteriores están, á su juicio, llenos de inconsecuencias; inconsecuencias que él cree haber evitado.

del mundo con que pretenderán seguramente reemplazar los errores y las equivocadas concepciones metafísicas de los filósofos que les han precedido. Habremos de concretarnos pues á señalar el criterio con que estos nuevos idealistas piensan establecer la metafísica del siglo XX, para lo cual emplearemos en lo posible sus propias palabras, á fin de que, al ver el lector lo atrevido y casi extravagante de este criticismo de *última moda*, no crea que lo hemos exagerado ó que no lo hemos sabido interpretar.

Luis Weber, profesor en el Colegio de ciencias sociales de París, escribía en Noviembre de 1897 en la mencionada Revista: «Todos han caído más ó menos, en las ilusiones de un realismo pueril, atribuyendo á los objetos una existencia distinta é independiente de las ideas que de ellos nos formamos... Siempre se ha creído percibir una realidad última, existente en sí y por sí, y distinguirla de una existencia *extra-lógica*, esto es, exterior á los juicios en los cuales se afirmaba como sujeto lógico del verbo ser... Pero, lo real extra-lógico es simplemente una palabra que encubre un concepto contradictorio... Decir que lo real es inconcebible ó infabable, es todavía decir mucho, pues aunque se le determine, es verdad, de una manera negativa, se le afirma sin embargo positivamente haciéndole participante del sér. Lo real jamás debería ponerse como objeto... La única existencia es la existencia lógica; la existencia no envuelve otra cosa que la idea de existencia. Y si en la vida práctica hay que hablar de lo real como si existiera, es á costa de transigir con lo absurdo.» (1)

No son menos atrevidas las afirmaciones sentadas por Remacle en la expresada publicación: «Conocer un estado de conciencia, escribe, es una expresión contradictoria; porque conocerlo, no es evidentemente conocerlo tal cual es, ó mejor tal cual era, pues deja de existir en el momento en que el espíritu lo advierte... Hay pues dos idealismos que se imponen: el que podría llamarse *externo*, para dar á entender que se refiere al mundo exterior, y el idealismo que nosotros llamamos *interno* para significar que se refiere al mundo interior. El segundo es la razón profunda del primero.... La ciencia de la cual tanto se envanece el hombre no es más que una quimera, una quimera que ha creado de su propio fondo, el día aquel en que el orgullo del pensamiento humano apareció con la idea de un yo, figurándose que era posible y aún necesaria la reflexión.» (2)

Como se ve por las palabras que acabo de citar, lo mismo L. Weber que Remacle son dos escépticos (3) más que ni siquiera pueden competir con los que en esa tarea de negación y duda les han precedido en la historia de la filosofía. El opúsculo *Quod nihil scitur* de nuestro Francisco Sánchez, por

(1) Citado por Mr. Mercier en su obra: *Les origines etc.*, págs. 261 y 337.

(2) *Ibid.* págs. 258 y 259.

(3) En confirmación de esto puede verse la memoria presentada por L. Weber al Congreso internacional de filosofía celebrado en París el Septiembre del año pasado. En ella estudia la evolución en sus relaciones con el problema de la certeza y establece como última conclusión sobre este asunto, que ninguna verdad filosófica debe considerarse como una solución definitiva sino á lo sumo como explicación provisional que va perfeccionándose poco á poco. Véase la obra: *Congrés international de philosophie. I. Philosophie generale.*—Armand Colin.—París, 1901, pág. 456.

ejemplo, contiene ya todas esas afirmaciones, con una sola diferencia, á saber: mientras que en aquéllos el escepticismo aparece expuesto en una forma académica, oscura, pesada y soñolienta, en el escéptico español está presentado con un estilo chispeante, agudo y lleno de gracia y valentía.

Muy distinta ha sido la labor de H. Bergson; á pesar de sus simpatías en favor del idealismo. Si los primeros se han dedicado casi exclusivamente á fraguar métodos psicológicos y combatir el realismo, éste ha dejado todas esas cuestiones preliminares para consagrarse á la tarea que pudiera llamarse positiva dentro de la dirección señalada por la *Revue de Melaphysique*. Hasta el presente lleva publicadas dos obras (1) en las cuales ha condensado su teoría psicológica.

Al examinar los datos de la conciencia, distingue Bergson entre la manera de representarnos las cosas en «lenguaje de espacio», ó sea como elementos cuantitativos, juxtapuestos y simultáneos, todo lo cual se debe á necesidades de la vida, y la representación verdaderamente científica en la cual aparecen las cosas como acontecimientos cualitativos que se realizan en la duración. De aquí resulta la oposición entre el yo «utilitario ó artificial» y el yo «profundo, verdadero.»

Este dualismo aparece conciliado en su segunda obra del modo siguiente:

Esa oposición entre el yo artificial y el yo verdadero se reduce á la triple oposición entre lo inextenso y lo extenso, entre la cualidad y la cantidad, entre la libertad y la necesidad. Ahora bien, entre lo inextenso y lo extenso hay un término intermedio, que es lo real estrictamente dicho, á saber, *lo extensivo, el carácter extensivo de la sensación*. Entre la cualidad y la cantidad hay una transición que es la *tensión*. Por último la oposición entre la libertad y la necesidad se resuelve concediendo una amplitud cada vez mayor al movimiento en el espacio y á la tensión siempre creciente y concomitante de la conciencia en el tiempo.» (2)

Como pertenecientes á este grupo de idealistas podíamos citar á Brunschwig, Rauh y otros. Pero creemos bastante con lo que queda escrito para formar un concepto aproximado del nuevo idealismo francés.

DR. GRAFILINKS.

(1) *Essai sur les données immédiates de la conscience y Matière et memoire*.—París, Alcan, 1889 y 1896 respectivamente.

(2) Véase la obra citada de Mr. Mercier, págs. 256 y 257.

SOBRE LO DE MARRUECOS

A principios del verano llegó á preocupar á todos los gobiernos de Europa la cuestión de Marruecos, por la actitud un tanto agresiva y amenazadora de Francia contra el Sultán. Diferentes embajadas marroquíes corrieron las principales cortes europeas solicitando ayuda y buscando en los intereses encontrados de las grandes naciones un medio que oponer á las amenazas francesas. Francia, por consecuencia, se vió precisada á transigir, y el conflicto por entonces se pudo conjurar.

Un accidente desgraciado ocurrido á una familia española residente en población costera del Atlántico marroquí, atrajo la atención española y puso aquí sobre el tapete durante variass semanas la cuestión.

De entre todas las opiniones que se emitieron con motivo del conflicto, ninguna llegó á impresionar tan vivamente, como la expuesta en un artículo publicado en la importante revista madrileña «La Lectura». La impresión causada puede explicarse: 1.º, por la calidad de la persona á quien aquel artículo se atribuía (el Sr. Silvela); 2.º la propia índole de la opinión; y 3.º la ruda sinceridad y franqueza con que vino á exponerse; cosa á que no nos tienen en tales materias acostumbrados los falsamente pudibundos políticos en cuyas manos están los intereses de España.

Hablando en plata, no nos satisfacen de un modo completo las ideas y propósitos del Sr. Silvela en el asunto marroquí; sí hemos de declarar, no obstante, que su conducta en este caso nos parece digna de la justa fama y del crédito que goza como político: lo que ha expuesto se halla á cien codos sobre las ocurrencias ó manifestaciones de una muchedumbre de políticos, de los cuales unos serán muy hábiles en urdir misteriosas intrigas palaciegas; otros, aptos para remover los malos instintos de ciertas clases sociales; todos tendrán un criterio bien descaradamente definido acerca de la conducta que deben seguir en negocios pequeños donde puedan favorecer el interés particular de sus parciales y paniaguados; pero casi ninguno de ellos tiene meditada solución para los grandes negocios: lo que no obsta para que disfracen su ignorancia bajo el manto de la prudencia, el cual esconde mejor el miedo de exponer al público sus ideas, en los momentos solemnes de más peligro para la reputación y de más apuro para la patria. Por lo menos, el Sr. Silvela demuestra que tiene opinión formada y precisa, y posee además el valor cívico necesario para darle publicidad en forma transparente y clara con el fin de que se acepte, ó se rechace. El no prever nada y andar á ciegas en las más graves cuestiones, es la indignidad mayor que pueda cometer un gobernante.

El Sr. Silvela resueltamente se decide por una inteligencia con Francia para una acción común contra Marruecos; y no por medios indirectos, largos y pacíficos, como el sistema de protectorados que se utiliza en Egipto y Túnez, sino por los rápidos y violentos, á saber, la conquista.

Casi todos los políticos á quienes los reporteros de los periódicos acudieron para que expresaran su parecer respecto á lo dicho por el señor Silvela, convinieron en juzgar imprudente la idea ó imprudente la publicación; y unánimemente mostráronse partidarios de lo que ellos llaman *statu quo*, fórmula por la que debe entenderse: continuemos como hasta ahora, sin preocuparnos de lo que pase fuera, aun cuando peligro la seguridad ó la propia existencia de España.

Si no fuese triste, sería eminentemente ridículo oír á los políticos españoles que han turnado en el poder mostrarse partidarios del *statu quo*, cuando casi todos ellos han hecho todo lo que han sabido para que se turbe y altere. Si algo puede significar esta fórmula en derecho internacional aplicada al presente caso, es que España debe practicar lo preciso para que Marruecos se mantenga independiente y libre, sin sujetarse á protectorados ni intrusiones de naciones extrañas; la primera condición para que esto ocurra es acabar con todo aquello que ponga la independencia de Marruecos en peligro; y los peligros son dos: 1.º anarquía interior del imperio; 2.º, el que sea objeto de la rapacidad de Europa. Pues bien, los políticos españoles, de mucho tiempo á esta parte, han hecho todo lo posible para que la primera se propague y perdure, y la segunda crezca y se desarrolle desapoderadamente.

Hace algunos años, una serie de imprudencias llevadas á cabo por el gobernador de una de nuestras plazas del Rif enfurecieron contra nosotros de tal manera á las cábilas vecinas, que se atrevieron éstas á atacarnos en nuestro propio territorio. El gobierno español, en vez de darles satisfacción destituyendo al desdichado gobernador militar de la plaza (cosa que en realidad merecía), ó de castigarlas inmediatamente (si la vanidad ó la soberbia nos impedía reconocer las faltas de aquella autoridad y usar de justicia con gente bárbara), encontró por único expediente honrado hacer pagar los vidrios rotos, en valor de cinco millones de duros, al pobre sultán que se hallaba á cien leguas de distancia y era por completo inocente: injusta reclamación que puso la hacienda del imperio en grave apuro y el prestigio del infeliz emperador por los suelos ante sus revoltosos súbditos, precisamente cuando su avanzada edad hacía temer los conflictos de sucesión en el trono.

Caso algo similar, aunque de distinta naturaleza, es el que ha ocurrido este verano, y se ha procedido de idéntica manera.

Y es que ya tenemos al imperio marroquí como singular consolatorio en nuestras desdichas: habremos dado escandalosos ejemplos de locura y debilidad interior con nuestras divisiones intestinas y guerras civiles, por las que nos hemos desconceptuado en el mundo; habremos cometido tremendas imprevisiones y probado nuestro valor intelectual y moral en fracasos coloniales; sufriremos con vergüenza oprobios y desprecios de naciones más poderosas: todo lo olvidamos, si conseguimos descargar una paliza sobre las espaldas de un imperio carcomido y débil, para orgullecernos luego ostentando como gran proeza la toma de un poblado como Te-

tuán, ó un tratadito injusto y bochornoso como el que puso fin á la cuestión de Melilla; á la manera de los pavos reales, extendemos los vistosos colores de nuestra cola y decimos: aun hay en el mundo naciones que nos temen y á quienes hacemos sentir el peso de nuestra superioridad.

Si algún extraño maltratara de ese modo á ese desdichado imperio, cuyo *statu quo* tenemos por divisa, ¿no podríamos tachar su conducta de necia y de cobarde?

¿Cómo queremos que se conserve independiente tal imperio, si lo empobrecemos, lo debilitamos y lo anulamos?; en vez de fortalecerlo para que pueda resistir, ¿no hacemos lo más adecuado para excitar las ambiciones de las potencias europeas al ver aquél tan abatido y conquistable y á nosotros, los pretendientes, tan débiles y antipáticos?

Porque, con todas nuestras violencias, es natural que nos malquistemos con el emperador de Marruecos, que éste nos aborrezca como á enemigos y busque ayuda, protección ó amistad en otras naciones de Europa, á cuyas manos va, con tal motivo, el medio más suave, y á la vez más poderoso, de intervenir en las interioridades del imperio, al propio tiempo que el aperitivo más incitante de su voracidad. Italia, en los tiempos en que se mantenían fuertes los vínculos de la *Triple Alianza* soñó con aventuras en Marruecos; Alemania sintió malas tentaciones, cuando sostenía ó alteraba á su placer el equilibrio en Europa: Inglaterra nunca abandonó su objetivo constante y claro; y Francia no esconde y amengua su ambición, al contrario, la ensancha y manifiesta ostensiblemente.

El *statu quo*, vista nuestra impotencia actual, sería la mejor solución; con él se dilataría el asunto hasta que nos alumbraran días mejores; pero el impedir que se altere, exige que tomemos otro rumbo diametralmente opuesto en nuestras relaciones con el imperio marroquí.

Yo desee el *statu quo*, mas quiero que sea *activo*, es decir, llevando á efecto por nuestro parte todo lo necesario para que Marruecos por sí, ó con nuestra ayuda, se sostenga. Hasta me parecería conveniente que no se abriese al comercio europeo en los grandes negocios: allí en los pequeños y baladíes nadie nos aventaja, y por ello van llenándose de modestos comerciantes españoles las ciudades de las costas. Pero el día en que las grandes explotaciones se realicen, las harán otros más potentes, quedando los españoles por su inferioridad momentánea actual en dependencia casi absoluta del capital europeo: seríamos jornaleros en el campo, jornaleros en las minas, jornaleros en las empresas industriales, como ocurre al presente en algunas provincias de Argelia á donde se dirige parte de la emigración española.

Las palabras *statu quo* además de ser la fórmula de un deseo, es ante todo y sobre todo un hecho que puede alterarse sin nuestra intervención y aun contra nuestra voluntad: este verano, por no ir más lejos, ha estado en peligro inminente de que se alterara.

Y si el conflicto se echa encima ¿qué hacemos?

JULIÁN RIBERA.

(Se-continuará).

CUENTOS INFANTILES

XVII

El del viejecito de la luna

Pues, señor, un viejecito que casi no podía ya con los calzones iba por un bosque cogiendo leña en un día de mucha nieve y se encontró una señora que le dijo:

—Ancianito: ¿cómo vienes por leña con tan mal día?

—¡Ay, señora! porque no tengo pa dar pan á mis hijos: si cojo un tajo e leña y saco de él cuatro perricas ya tenemos pa pan.

Y le dice la señora:

—Bueno, pues toma este bolsillo y ya no tienes que cojer leña en toda tu vida. Pero mira no lo malgastes, porque, si lo malgastas, al tercer día la luna te tragará.

Se va á casa con la leña á cuestras y le entrega el bolsillo á la mujer, contándole lo que le había sucedido. Su mujer se puso tan contenta, empieza á comprar vestidos de lujo para ella y para los chicos y muchas cosas buenas para comer bien y se fué al café con todos sus pequeños. Y en tres días todo lo gastó.

Al tercer día, á media noche, llaman á la puerta:

—¡Tras, tras!

Y el viejecito contesta:

—¡Quién!

—La luna, que te viene á buscar. ¡Tras, tras!

—¡Quién!

—La luna, que está en el portal. ¡Tras, tras!

—¡Quién!

—La luna que está en la escalera. ¡Tras, tras!

—¡Quién!

—¡La luna, que está en la puerta de la sala! ¡Tras, tras!

—¡Quién!

—¡La luna, que está en la puerta de la alcoba!

—¡Ay, qué miedo! ¿dónde me esconderé? ¡que la luna se me va á tragar!

Y la mujer le dice:

—Escóndete aunque sea debajo de la cama.

Se va esconder y la luna le dice:

—No te escondas, no, que lo mismo te comeré; ya se que estás debajo de la cama! ¡Tras, tras!

—¡Quién!

—¡La luna, que está dentro de la alcoba! ¡Aul! Ya te he tragáu.

Y se lo tragó.

¿Habéis visto un viejecito que hay en la luna? Pues éste es el viejecito que hay en la luna. Y si os fijáis bien y tenéis fe en el cuento, veréis que lleva á la espalda el fajo e leña.

Z.

BIBLIOGRAFÍA

La enseñanza en España. Folleto segundo: *El derecho de enseñar*, por Raimundo Carbonell. Barcelona, Subirana, 1901.

Uno de los hechos que se prestan á más serias reflexiones por parte del observador deseoso de estudiar la actual situación de espíritu del público español en materias de instrucción pública, es el siguiente: jamás las instituciones de enseñanza han sufrido en tan poco tiempo cambios tan fundamentales que hayan lastimado más legítimos intereses; ni jamás se ha dejado imponer el público con mayor indiferencia borreguil. Nos habremos sublevado varias veces los españoles contra el estanco de la sal, el del tabaco ú otra cosa por el estilo, que son estancos casi inocentes; y, sin embargo, ahora sufrimos impasibles el estanco de la instrucción de nuestros hijos.

¿Qué motiva tal aplanamiento en la opinión? Yo creo que se debe, hablando en plata, á la necesidad y apatía nuestras en cuestiones tan vitales. En las naciones de Europa de cuyas ideas vamos participando, han aparecido dos bandos que se disputan el terreno: unos, el de los que fian que todo lo arregle S. M. omnipotente, el Estado: si estudian las materias de enseñanza, es con el fin de proporcionar fórmulas ó proyectos para que el Estado todo lo arregle y disponga; otros, los que descansan tranquilos esperando que las congregaciones religiosas ó entidades parecidas estudien lo que conviene á la educación de sus hijos: lo cual les evita el calentarse la cabeza en asuntos que tanto les incumben.

Así vivimos los padres de familia sosegadamente sin organizarnos para lo que más nos debiera interesar, y en la hora más comprometida nos encontramos sin medios eficaces para librarnos de cualquier peligro. De ese modo se explica que apenas se oigan aisladas protestas, y sin resultado, contra la tendencia anuladora de las instituciones privadas y libres, que es la que preside, desdichadamente para la patria, en el flamante ministerio de Instrucción pública.

No merece poco el distinguido escritor Sr. Carbonell por la patriótica tarea de ir exponiendo, con notable valentía, sólido razonar y estilo claro y vigoroso, sus opiniones acerca del problema vital de la enseñanza en nuestro país. Al menos tiene resolución para dar, sin miramientos, recios aldabonazos en una mansión donde perezosamente se duerme, á fin de que los que la habitan anden vivos y despiertos ante el peligro que amaga.

DR. BRAYER.

Razón y Fé.—Tal es el título de la revista mensual que, redactada por padres de la Compañía de Jesús, acaba de ver la luz en el septiembre próximo pasado. Constituye un folleto que en sus 136 páginas bien nutridas encierra numerosos trabajos filosóficos, históricos, literarios, científicos, y de apología y educación, á más de un boletín canónico y una sección de examen de libros. Llama especialmente la atención un erudito estudio sobre la ciencia libre y la revelación en el siglo XIX, que vulgariza con acierto la historia de la génesis y evolución de las escuelas racionalistas contemporáneas.

Gustosamente establecemos el cambio con tan ilustrada revista.

Se han recibido en esta redacción: Una *Memoria*, correctamente escrita por D. Cándido Domingo, que anualmente consagra la asociación local *La Caridad* á dar cuenta del estado de la misma. Agradeciendo sinceramente el envío, aprovechamos la ocasión para excitar el celo de todos los que deben cooperar al progreso de tan benéfica institución.

Una cartilla conteniendo *Instrucciones sanitarias contra la fiebre aftosa*, debida á la pluma de los señores Galán y Moyano, profesores de la Escuela de Veterinaria de esta ciudad, que con laudable empeño atienden á vulgarizar conocimientos de innegable utilidad para la conservación y fomento de una de las principales fuentes de riqueza, así como para la salvaguardia de la salud pública.

La primera parte de los *Estudios Pedagógicos*, que con el título *La familia y la escuela* ha comenzado á publicar el Sr. Rivas Herranz, uno de nuestros más ilustrados y celosos maestros municipales. En sus copiosas páginas se revela, al par que una discreta erudición pedagógica, la corrección y elegancia de un estilo que á las veces se hace elocuente por el laudable entusiasmo que al autor mueve en pro de la enseñanza. Cordialmente felicitamos al Sr. Rivas Herranz, agradeciéndole la galantería que con nosotros ha tenido al remitirnos un ejemplar de su interesante trabajo.

Hemos recibido la revista enciclopédica *El Pensamiento Latino*, que se publica quincenalmente en Santiago de Chile. Como su título insinúa, es un nuevo adalid, y de los más valiosos, para la empresa tan ansiada de estrechar los lazos de amistad entre todos los pueblos de la raza latina. No hemos de decir la simpatía que nos inspira este ideal, ni por tanto el gusto que tenemos al establecer el cambio con la docta publicación chilena.

También se ha recibido en esta redacción la *Revista Valenciana de Ciencias Médicas*, publicada mensualmente por el Dr. D. Faustino Barberá y que contiene sumario interesante é instructivo. Damos las más expresivas gracias por el envío.